



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

LA LEYENDA DE ORO.

EL SEÑOR GENERAL VICTORIANO HUERTA

En estos momentos en que la gratitud de un pueblo habla incesantemente de lealtad, de honor, de abnegación, de todas las supremas virtudes militares que rodean como ciudadela de inexpugnables muros a los sagrados intereses de la Patria, hay que fijarse, para sacarla de la modestia en que voluntariamente se esconde, en la venerable y gloriosa figura del señor General Victoriano Huerta.

Porque de esas virtudes militares a las que la gratitud pública paga en estos instantes tan justo y ferviente homenaje, es el señor General Huerta prestigioso depositario; lo es a tal grado; condensa esas virtudes de manera tan cabal y enérgica que usando de las palabras del filósofo Emerson puede llamársele un hombre representativo.

Es un arquetipo de lealtad, un sacerdote del honor, un héroe de la abnegación y en su marcial figura culminante se concentran los esplendores de esos prestigios, como los rayos de un sol de oro que rompe la noche, se fijan en los basaltos de una cumbre enhiesta.

Hoy que tras de su admirable campaña ha regresado el bravo divisionario a esta metrópoli, ceñido de laureles y aclamado por la gratitud patria, en su rostro austero y viril, que recuerda con sus enérgicas líneas el de Bartolomeo Colleone cincelado en bronce por el maestro de Miguel Angel, no se refleja vanidad ni vanagloria, refléjese sólo la noble satisfacción del deber enérgicamente cumplido...

Ese rostro impenetrable y sereno, reflejo de la magnanimidad interior, muéstrase hoy en los días de gloria idéntico al de ayer en los días aciagos. En su austera y digna sere-

nidad, el General don Victoriano Huerta es el mismo de adversos días ya lejanos, cuando yo lo conocí en la casa de otro hombre eminente, el doctor Aureliano Urrutia, cuando los méritos insignes del preclaro militar, fueron injustamente desdeñados, cuando la enfermedad y el dolor lo herían sin agobiarlo, cuando el meritísimo guerrero, después de una carrera irreprochable, veía pasar la vida sobre sí mismo y sobre su hogar de patriarca sin una sonrisa, ni un aliento, ni un halago, y llena en cambio de injusticia, de hostilidad y de amargura. . .

En esos días de prueba que indudablemente dieron a su espíritu el acerado temple que hoy lo fortalece, de los estoícos labios del guerrero no surgía una queja ni un reproche; ni siquiera revelaron la amarga voluptuosidad de los mártires, como hoy en los días de triunfo y de apoteosis no se abren al paso del orgullo y de la vanagloria ni tampoco reflejan la voluptuosidad extrahumana del héroe victorioso.

Es que el General Huerta es un hombre de bronce. No en vano he hablado a ese propósito de la bronceína figura del ilustre "condottieri" que el Verrochio esculpió. También vienen a mi memoria las figuras de los héroes japoneses que han asombrado al mundo y cuyos rostros también sellan con estoicismo impenetrable las almas magníficas que no se sabe si se exaltan hacia la luz sideral de empresas de titanes o se desploman entre las sombras de las catástrofes sin remedio.

El General Huerta es semejante en su estoicismo impávido a los japoneses y a los guerreros del viejo Anahuac. El pueblo cariñosamente, con evidente orgullo nacionalista le llama "el indio Huerta". Tiene en efecto las virtudes, las virtudes insólitas de la raza en sus días heroicos. Es de bronce, ya lo he dicho, del mismo bronce de Cuauhtémoc, que no pudo fundir la infame hoguera.

Son las virtudes militares que tan prestigiosamente condensa el general Huerta, las líricas y deslumbrantes virtudes del guerrero de todos los tiempos.

Son esas, sí, las que Píndaro cantó, las que los cinceles ilustres de Grecia y Roma glorificaron en el antiguo mármol inmortal; pero además son otras.

Al valor personal, al ímpetu, al arrojo, al espíritu de sacrificio que el guerrero de hoy como el de antaño debe llevar siempre a flor de corazón como sus condecoraciones

gloriosas, precisa en la complicación del arte de la guerra moderna, la posesión de complejas virtudes menos brillantes, pero más eficaces. Exige prudencia, cautela, y al entusiasmo bélico que contagia, inflama y devora a las legiones por una ley incontrastable de la psicología de las multitudes, el moderno Jefe del Ejército debe substituir su serena calma y su reflexiva frialdad. Así el invierno con su hielo, dijo un poeta, convierte el encrespado río que es un obstáculo, en un terso y resistente camino. Ese camino fué el que el general Huerta, con su serena previsión y con su fría prudencia, tendió ante el Ejército del Norte, que por él guiada llegó de victoria en victoria hasta las bastiones del Norte remoto, donde al fin dejó clavada en la almena más culminante, la bandera del orden y de la ley.

Y qué ejército! Aquí la obra del General Huerta fué la de un verdadero creador. Fué un ejército improvisado, formado por unidades heterogéneas y elementos bisoños, que para agruparse en torno del luminoso lábaro, surgió hasta de la sombra de las prisiones. Qué milagro portentoso de organización y de energía tuvo el General Huerta que operar para convertir esa masa informe, desigual, caótica en una legión que se movió armoniosamente de la descubierta a la retaguardia, con la ajustada precisión de una máquina perfecta, a la sugestión imperiosa de su voz de mando?...

Quién sabe! Pero el prodigio se operó y aquella masa áspera, informe y ligada con los más bajos metales adquirió bajo el volumen de hierro de la voluntad del General Huerta, una fuerza una unidad, un temple, un brillo que sólo pueden compararse al temple supremo, a la fuerza incontrastable, al brillo diamantino de la propia espada, que el general Huerta blandió en su noble diestra y que como la columna de fuego, guió a sus legiones a través del Desierto, a la tierra de promisión, al triunfo, a la gloria!

Jamás aquellas legiones, al rendir sus jornadas, a través de sierras y desiertos, dejaron de encontrar el fuego para calentarse, el pan para nutrirse y el agua para desalterarse y con todo eso el austero ejemplo de su Jefe Supremo que mostraba a todo instante su rostro de bronce ante las rojizas fogatas del vivac, como una estatua que simboliza el Deber, reanimando las fatigas, reanimando la fe e inculcando la serena confianza en el triunfo próximo.

Esa movilización, esa marcha precisa, esa organización en que todo estaba previsto, en que la impedimenta, y el

matalotaje y las ambulancias y los servicios todos, llenaban sus funciones y estaban incesantemente en su sitio, revelaron al General Huerta, bajo un nuevo aspecto. Antes, todo el mundo le concedía las cualidades de un viejo militar, valor a toda prueba, lealtad y pundonor, astucia y malicia afirmadísimas. "No lo sorprenderá el enemigo, se decían a raíz de la catástrofe del primer Reilano; Huerta es "chucha cuerera". Esta frase significa en el caló militar una astucia que todo prevee, una previsión siempre alerta que ni emboscadas, ni alarmas pueden sorprender.

Y bien, el General Huerta no sólo confirmó esas predicciones, sino que se reveló un organizador militar a la manera alemana y japonesa, un verdadero "estratega", no en la simple manera antigua, sino en la difícil y complicadísima acepción moderna.

Cierto que el General Huerta fué admirablemente secundado, que contó en su concurso con los méritos grandísimos de Rábago, Blanquet, Téllez, O'Horán, Trucy, que tuvo un Jefe de Estado Mayor como Carlos García Hidalgo y un Jefe de artillería como Guillermo Rubio Navarrete; pero así como en los días dudosos, adversos y difíciles del General Huerta se esperaba todo y a él se le exigían las supremas responsabilidades y él hubiera cargado sobre sus hombros el desastre de que su genio militar salvó a la Patria, así hoy el General Huerta, el ilustre Jefe de la División del Norte, debe, a semejanza de los grandes Generales de la Roma antigua, ser el primero en entrar a la ciudad que lo aclama por la brecha abierta en la muralla y el primero en ceñir sobre su frente los supremos laureles del triunfo obsidional.

De los Jefes que militaron a sus órdenes en las épicas jornadas del Norte, seguiremos hablando, porque desde hoy en estas páginas queda abierto el registro de la lealtad y del heroísmo y este es el primer capítulo de la Leyenda de Oro del Ejército Nacional.

Hay que ser generoso en discernir los honores dignamente ganados, hoy que el exhuberante extravío de los espíritus peregrina por las avenidas con apasionados clamores que no deben turbar la serenidad de la Justicia entregada a graves y supremas meditaciones.

Y ahora que se pide sangre y muerte de hermanos, que nadie puede reclamar sino la Justicia, una diosa que impera muy por encima de las bajas pasiones de los hombres,

ahora que hay tal exuberancia en los sentimientos protervos, hay que ser exuberante también en los sentimientos nobles y pedir no muerte para los hermanos: sino vida, la vida de la gloria para los héroes de la Patria.

Hay que apartar los ojos de los sombríos dramas callejeros, de la venganza innoble y del bajo rencor y levantarlos a lo alto donde brillen glorias como la que he intentado consagrar en estas líneas, genios que como el de todos nuestros héroes, como el genio militar del General don Victoriano Huerta, brillan sobre la tierra convulsa, lucen con rayos de oro en el zodiaco de la patria y hoy la iluminan y mañana la guiarán como los astros del cielo guían a las naves sin rumbo en medio de la noche oscura y del océano proceloso!

EL HOMBRE DE MEXICO

Cuando el General Victoriano Huerta regresó triunfante de su admirable campaña en el Norte de la República, por más que en la conciencia pública estuviese la persuasión clarísima de la enorme significación moral y material de esa campaña, no le fueron otorgados los justos honores que en toda patria se tributan a quienes la salvan, por sus hechos magnánimos o por sus actos heroicos. Alrededor de la esforzada epopeya se extendió pesadamente una vasta conspiración de silencio. La prensa oficial o semioficial habló pasajera y parsimoniosamente de aquellos triunfos, confundiendo de mala fe con la escaramuzas de que a diario eran protagonistas aquellos capitanes irrisorios del Ejército Libertador, que sobre sus cráneos bravíos y a falta de otro lírico penacho, no tuvieron escrúpulo en colocar el abominable sombrero tejano. Por deliberado propósito, a la vez que por miopía y por ignorancia de lo que la campaña del Norte significaba social y militarmente, se habló de ella sólo en lo que al Gobierno aprovechaba, y, sistemáticamente, se restaron y escatimaron las justas alabanzas a quien concibió con alta inteligencia, realizó con prodigiosa organización y llevó a su fin, inexorable y victoriosamente, esa magna obra, capital orgullo de nuestra historia militar moderna.

Mientras en este caso la prensa callaba, comentando en cambio, con toda la resonancia de sus ecos, los empachosos

discursos de los "leaders" demagógicos, el señor General Huerta, que había recibido la breve y rígida expresión de la gratitud oficial, colaboraba con su modestia característica a esa maquinación de sombra y de silencio en derredor de su propia obra. El que hubiera podido provocar las ovaciones presentándose en asambleas y sitios públicos, desapareció apenas llegado a la Metrópoli, reclusándose en su hogar y evadiendo aún las congratulaciones de sus más íntimos amigos. El, que legítimamente hubiera podido rodearse de la pompa y el cortejo de un alto Jefe del Ejército, y revestir su cuerpo con los entorchados, las insignias y las condecoraciones, doradas a fuego por el sol de las batallas, disimulaba su personalidad con el más modesto traje civil; y, en una palabra, lejos de reivindicar méritos, parecía esforzarse en disimularlos, quizás con la convicción íntima de los hombres magnánimos para quienes los actos de que son autores resultan pequeños comparados con la excelsa magnitud del ideal en que sueñan. Tal es sin duda en el General Huerta y en todos los hombres ilustres, el proceso psicológico de la modestia que sella sus actos, y que para el vulgo tiene apariencias menos significativas.

Pero a pesar de esa obra empeñada en relegar la magnífica campaña del Norte al acervo de los sucesos comunes y triviales; a pesar de esa sobria modestia con que el héroe de sus batallas desvanecía y disimulaba su personalidad y su vida, la conciencia nacional sentía ya presentimientos y vislumbres.

Los ecos de los cañones de Rellano habían provocado una reacción de optimismo en todos los espíritus. Especialmente el Ejército refrendaba su prestigio, y la sociedad comprendía que en esas cohortes estaban su salvación y su defensa contra las hordas vandálicas que en nombre de la Libertad, abrían las cárceles, saqueaban los poblados, ultrajaban y escarnecían, como en Torreón y Covadonga, los más sagrados fueros de la civilización y de la humanidad.

Otro hecho de igual trascendencia tonificaba el espíritu público y hacía renacer sus más nobles y legítimas esperanzas. Desengañado el pueblo por su ídolo que tan insólito y frenéticamente había encumbrado, convencido de su total ineficacia para contener la relajación de todo deber, la veneración y el atropello de toda ley, la anarquía, en fin, que se propagaba por doquiera; desengañado y angustiado con el pánico de la catástrofe presentida, y el su-

premo anhelo de la salvación anhelada, el pueblo comenzaba a ver en torno suyo, "buscando a un hombre".

Con ansia, con anhelo, con desesperación, un pueblo buscaba a un hombre: al hombre que, en las grandes crisis nacionales, surge inevitablemente ante los ojos de la Patria, pero que en esos largos momentos de angustia y desesperación tardaba demasiado en llegar. . .

Un hombre de simple clarividencia y de energía simple, pero proporcional a la magnitud del desbordamiento anárquico. Un hombre sin palabras, porque de las palabras, de los discursos declamatorios e interminables, de las promesas sin cumplimiento, de las digresiones desesperantemente locuaces al borde del abismo que se abría, estaba la sociedad desengañada, ofendida, cansada, asqueada. Un hombre sin palabras; pero un hombre de acción, era lo que el pueblo anhelaba y en aquellos instantes presentía. Los conservadores radicales anhelaban la pasada dictadura; los evolucionistas moderados confiaban su salvación a un hombre del temple de un dictador capaz de respetar las reivindicaciones a medio conquistar por el último movimiento. Y el anhelo general sufragaba por un militar de puño de hierro, que ante la anarquía y la revuelta no tuviera, contemplaciones, y al aniquilarlas redimiera y salvara el ideal común, los intereses de todos, la vida misma de la Patria, condensada no en los aludes de discursos, ni en la incansable locuacidad fonográfica de un apóstol teorizante, ni en los torrentes de vocablos sin significación, ni aplicación, sino en una sola y breve palabra, en sólo tres letras: ¡PAZ!

Y por todo eso, cuando el pueblo mexicano, poseído por ese anhelo, pero abatido y postrado por la desesperación, levantó la frente al tronar de los cañones de la División del Norte, y hacia el Norte tendió la vista, recortando su marcial y austera silueta sobre el cielo auroral de la victoria, entre el épico rumor de las dianas triunfantes, de pie sobre los gigantes basaltos de Bachimba, el pueblo distinguió a su hombre.

Ese hombre era el viejo militar, el héroe flamante, el General Don Victoriano Huerta.

- - - -

Porque por su propio y admirable esfuerzo, el héroe ascendió hasta aquellos excelsos basaltos, pedestal de su prestigio por él mismo labrado a cañonazos; porque con él y en su propia diestra victoriosa, flameaba muy alto al viento del triunfo la bandera de la Patria, toda la Nación pudo verlo. . .

Algunos, en la épica figura del triunfante divisionario, vislumbraron vagamente al hombre presentido y esperado, con más instinto que comprensión. Otros comprendieron lo que en aquella altura y después de aquella obra significaba aquella aparición, y temieron que los rayos de aquel prestigio que ascendía y culminaba, nublaran el mortecino fulgor de otros espíritus que, en un crepúsculo de impopularidad, descendían hacia la sombra, y así se explica que un prudente silencio haya ahogado todas las resonancias y todos los fulgores de una obra admirable y de un hombre magnánimo y heroico.

Y en medio de ese silencio y de esa obscuridad, entre el mutismo de la prensa que calló en esos días, no encontrando prudente prodigar honores y elogios a quien tan justamente los merecía, cuando loar al señor General Huerta no acarrearía provechos sino peligros desagradados, cupo al que esto escribe, movido por el imperioso entusiasmo que provocan las grandes acciones, escribir y firmar el artículo que sirve de prólogo y de compendio a este libro; artículo panegírico que termina así:

"Hay que apartar los ojos de la venganza innoble y del bajo rencor y levantarlos a lo alto, adonde brillan glorias como la que he intentado consagrar en estas líneas; genios que, como los de todos nuestros héroes, como el genio militar del General Don Victoriano Huerta, brillan sobre la tierra convulsa, lucen con rayos de oro en zodiaco de la patria y hoy la iluminan y mañana la guiarán como los astros del cielo guían a las naves sin rumbo en medio de la noche oscura y del océano proceloso!"

- - - -

El que cuando el señor General Huerta estaba lejos del poder expresó tan claramente sus convicciones y sus esperanzas, tiene el derecho ahora, de hacer constar cómo esas esperanzas y esas convicciones se han confirmado, y el deber de descubrir los méritos singulares que integran la alta

personalidad del heroico vencedor de Rellano, hoy Jefe Supremo de la Nación. Esa obra es de justicia y de alto civismo, siquiera porque hoy, a despecho de nuestro patriotismo, la prensa amarilla americana osa discutir a nuestro Primer Magistrado como si se tratara de un "cow-boy", "sheriff" en algún condado de negros...

La Defensa Social. Historia de la Campaña de la División del Norte, por José Juan Tablada. México, Imprenta del Gobierno Federal, 1913. Pp. 3 a 7 y 9 a 13.